

Temporal

Hacía una semana que llovía sin pausa. El profesor de taller me había pedido que lo acompañara el martes siguiente a la Ciudad Abierta para trabajar con el escultor Claudio Girola. Siempre había querido conocer ese lugar. Cuando estaba en la escuela, el paseo de fin de año solía hacerse en Horcón o en Quintero, y en esos recorridos, desde la ventana del bus, veía pasar las casas raras que se levantaban sobre las dunas, preguntándome por lo que ahí se escondía, fantaseando con todo tipo de posibilidades.

Cuando fui a Ritoque no había dejado de llover. Salí temprano para tener tiempo de tomar las micros que me llevaran hasta allá. Mi madre me preparó una colación sencilla: dos sándwiches y un par de manzanas. Me preguntó a qué hora volvía, pero no supe responderle. Le di toda la información necesaria porque en mi casa no había teléfono y me parecía que en Ritoque tampoco.

Cuando llegué a la rotonda de Concón disminuía la lluvia, pero se veía que el río había crecido. Los autos y buses no se atrevían a pasar porque el río amenazaba con salirse de su cauce. A lo lejos distinguí gente que venía de a pie. Le pregunté a los que cruzaron que cómo lo hicieron y me dicen que podía hacerlo si usaba los cercos.

Crucé descalzo, con las zapatillas en mi mochila junto a los cuadernos en una bolsa de plástico. El agua turbia del río desbordado atravesaba el camino, pero pegado a los cercos era posible avanzar. Caminé casi cuarenta minutos hacia el norte hasta que distinguí ese extraño esqueleto que son las Torres de Agua: había llegado.

En la entrada, sorprendido de verme, estaba Ricardo Lang, mi profesor:

—¡Viniste! Entonces vamos a trabajar.

Durante esa jornada de trabajo, Lang me invitó a almorzar, a tomar once y a comer, y de noche me llevó de vuelta a Concón.

Desde ese día de tormenta en **1987**, algo de mí permaneció anclado a esa mesa que me recibió.

Arturo Chicano Jiménez